

EL GIGANTE CANANEO
SAN CRISTOVAL.

SEGUNDA PARTE.

YA dixe en la primer parte
noble auditorio discreto,
como Cristoval quedaba
predicando muy contento

y Sagrada de Cristo,
laentro de breve tiempo
convirtió quarenta y ocho
mil personas de aquel Pueblo.

Llegó la noticia al Rey,
y con gran rabia y veneno
solicito y cuidadoso
al punto mandó prenderlo,
Cristoval de que lo supo,
á Palacio fue derecho,
y comenzó á predicarle
sin temor y sin recelo.
Vido un altar adornado,
y á Jupiter puesto en medio,
le cogió de la cabeza
con su varonil esfuerzo,
y lo hizo mil pedazos
sin detenerse en el suelo.
El Rey dixo: Ola, prendedle,
que este es mucho atrevimiento:
aqui empiezan las fatigas,
aqui empiezan los tormentos;
pero, ó Supremo Dios,
que quando á prenderle fueron
al prendimiento imitaron
de Jesu Cristo en el Huerto,
pues se quedaron turbados
quando delante estuvieron.
En fin, Dios les dió licencia,
y á Cristoval le prendieron,
metenlo en un calabozo
muy lobrego y muy horrendo,
y al cabo de pocos dias
el Sacerdote del Pueblo
dixo al Rey, que arguíria
solo con el Cananéo.
Lo sacan de la prision,
y en presencia del Rey mesmo
el Sacerdote arguyó
con nuestro gran Misionero.
Le saca mil falsedades,
le propone mil enredos,
le dixo, que Jesu Cristo
no era el Dios verdadero.
Cristoval de que esto oyó
dixo: Mientes embustero,
que Cristo murió en la Cruz
por librarnos del Infierno,
y se encarnó en las Entrañas
de MARIA, gran portento!
Y el Espiritu asistió
por obra del Padre Eterno,
y así viva Jesu Cristo,
y mueran los Dioses vuestros.
Cristo viva y Cristo reine,
que este es el Dios verdadero,
que por Cristo pasaré
mil fatigas y tormentos.
Al oir estas palabras
alzó la mano un Hebreo,
y á Cristoval le tiró
un bofeton (qué tormento!)
imitando al mismo Cristo,
quando aquel Malco sobervio
le dió tan gran bofetada
en la casa de Anás mesmo.
Mandó el Rey con gran soberbia,
que amarrado en un madero
le dieran tantos azotes,
que se lo dexasen muerto.
Obedecen el mandato,
y con impiedad le dieron
mas de cinco mil azotes;
pero, ó permision del Cielo!
que quando azotado estuvo,
luego ante el Rey lo volvieron
sin tener una señal
del castigo, que le dieron,
las manos atras atadas,
y una soga puesta al cuello,
el Rey se maravilló,
y en altas voces diciendo:
Justicia Jupiter mio,
que este hombre es hechicero.
Vayan y no se detengan,
y una corona de hierro
hecha asqua han de traer,
y ponganla en su cerebro.

Al punto lo egecutaron
(pero, ó Sacro Rey del Cielo,
que quisisteis que Cristoval
os imitase hasta en esto.)
Y viendo el malvado Rey,
que no le agraviaba el fuego,
rasgando sus vestiduras,
despedazandose él mesmo,
dice: llevad esta fiera,
y sujetadla á un madero,
y asaetearlo alli,
y si no es bastante esto
para que acabe su vida,
con los filos de un acero
le cortareis la cabeza,
para que acabe mas presto,
que me voy á aquel balcon,
que desde alli quiero verlo.
Lo egecutaron así,
y salieron los flecheros
para quitarle la vida
á este segundo Cordero,
le apuntan con la ballesta,
y sale la flecha huyendo,
y fue á pegar en el ojo
del Rey que lo estaba viendo:
con mas soberbia que nunca
se levantó echando fuego
por la boca y por los ojos
centellas de vivo incendio.
Arrojóse con la espada
para darle muerte él mesmo,
mas al levantar el brazo,
ó maravilla, ó portento!
De la guarnicion se sale
la hoja, de ella misma huyendo
por no ofender á Cristoval,
que aun de morir no era tiempo.
Y viendo el Rey que no halla
para Cristoval tormento,
manda que en unas parrillas
le pongan y le echen fuego
para que muera abrasado.
Mas, ó prodigio supremo!
Despues de tantos martirios
hasta el fuego tubo miedo,
que se apagó de improviso
sin ofenderle en un pelo.
Y ya echada la sentencia
del Supremo Rey del Cielo,
que el Laurél y la Corona
tiene prevenido á un tiempo,
le dió licencia á la muerte,
y á Cristoval le dió esfuerzo.
Por segunda vez le vuelven
á amarrar en el madero,
entre dos santas mugeres,
que juntas con él murieron.
Pero el famoso Cristoval
alzó los ojos al Cielo,
ardiendo en amor de Dios
estas palabras diciendo:
Poderoso Redentor,
humilde y manso Cordero,
que con tu preciosa Sangre
redimiste al Universo,
no es lo que siento morir,
solo siento, amado dueño,
el no morir como Vos
enclavado en un Madero,
aunque semejante á Vos
en vuestra prision fui preso,
cinco mil, y mas azotes
en la Columna me dieron,
y por pareceros mas
me coronaron de fuego.
No siento, no siento nada
de todos estos tormentos,
pues por mi pasasteis mas,
Redentor y amado dueño;
muero gozoso por ir
á gozar de vuestro Reyno.
Con esto le dan un golpe
con un cuchillo en el cuello,

rasgando sus blancas venas,
la roxa sangre vertiendo.
Bramó el mar, tembló la tierra,
el Sol hizo mil extremos,
y arrojando gruesas peñas,
los montes se destruyeron;
y entre celestiales nubes
con sonoros instrumentos
dos Angeles muy famosos
lucidos baxan del Cielo
con la Corona y la Palma,
que en sus sienes le pusieron.
Mas esto no fue bastante
para aplacar lo soberbio
del Rey, que con mayor rabia
á Cristoval fue derecho
para beber de la sangre,
que están sus venas vertiendo:
pero, ó Poderoso Dios!
Mas, ó famoso portento!
Que aun apenas llegó el Rey
á tocar el coral terso,
la flecha se le cayó
sin hacerle movimiento
de herida, y se encontró sano.
Y reconociendo el yerro,
en altas voces publica,
viva, viva el Cananéo,
viva el Apostol de Licia,
viva el hermoso portento
de Cristoval; viva Cristo,
vivan los Sacros Misterios
de la Fé de Dios Sagrada,
viva el Dios de Tierra y Cielo:
Mandó que por las Ciudades,
que sujeta su gobierno,
observen la Ley de Cristo,
y asimismo todo el Pueblo.
Dice: Viva Jesu Cristo,
que ese es el Dios verdadero,
viva la Iglesia sagrada,
y entonces se convirtieron
mas de ochenta mil personas,
y á Jesu Cristo siguieron.
Y pues, Apostol famoso,
que con tu superior zelo
os encontrais colocado
en el Palacio Supremo,
alcanzadme del Señor
gracia y que despues logremos
con vuestro favor y ayuda
subir triunfantes al Cielo.
Y el Poeta muy humilde,
á su Auditorio discreto
pide perdon de las faltas,
que estos Romances tubieron.

Con licencia: En Córdoba, en la Imprenta de D. Rafael Garcia Rodriguez, Calle de la Librería.